

Una rosa*

Mario G. Beruvides

Texas Tech University

*Este cuento está dedicado a la memoria de la Dra. Ana Rosa Núñez

El camino

La colonia es vida, la vida es la colonia. En esta mi vida de hormiga en que todos somos uno y uno somos todo, el trabajo es colonia, es hormiga, es uno. Somos muchos. Cada día es rutina, la rutina es buena. La rutina es colonia, es hormiga, es trabajo, es buena. Los colores son rutina. Hay marrón, hay verde, hay azul-cielo, hay negro-noche. Los colores son rutina. Los sabores son rutina. Hay hierba y agua y más hierba. Los sabores son rutina y son buenos. Hay olores. Los olores también son rutina. Hay la humedad de la mañana. Hay el seco-sal de la tregua de la tarde y el humo embriagador de mis noches caribeñas. Hay el olor de la Reina, esa humedad "real" que sólo la sangre azul produce. Hay el olor hormonal de lo militar, ese metal carnal que es valentía; y el olor hormonal de la labor cotidiana. Ese olor soy yo, y yo soy él, y él es la colonia. Todo lo que hay en la colonia, el día, los colores, los sabores, los olores, la hierba, la tregua, el marrón, la humedad, más hierba, la Reina, las hormigas, se define por esa esencia hormonal que olemos. Todo es olor. Nuestro norte, nuestro sur, nuestro este,

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

nuestro oeste, cada uno un olor es. Los olores son vida y toda la vida tiene olor. Nuestros olores son simples.

Hemos oído rumores de olores que le llaman fragancia. Rumores de esos valles que lejos de aquí están; si es que existen y no son sueños o inventos o fantasmas. Pero yo soy trabajador y no me preocupo de esas tonterías. Mis noches, como las de todo buen trabajador, consisten en sueños sin sueños.

Me llamo Jaime. Todos nos llamamos Jaime y es bueno. Todos olemos igual. Hay también Napoleones y Carolinas, pero ellos no huelen como la sal de cada día.

Mi mañana es un despertar deslizado en la cual mi amanecer se camina, mi desayuno se camina, mi trabajo se empieza y termina caminando. Sobre mi espalda cargo la colonia. Todos los Jaimes la colonia cargamos. Mi almuerzo se camina. Mi tarde se carga y se camina. Mi rutina es mi día. Mi día es la tregua y la tregua es colonia. Mi único descanso es ese rocío estático del atardecer. Es un olor indefinido, pero no es fragancia, de lo que yo entiendo que fragancia pudiera ser. Me gusta el atardecer. Pienso en esos momentos antes de dormir, aunque me han dicho que no lo haga. Los trabajadores no deben de pensar. Pero pienso y mi mente se pregunta sobre las puntas de las hierbas altas y su baile con el viento. La hierba no camina, el viento no trabaja. ¿Por qué? ¿Habrá conocido el viento la fragancia? Pienso que sí. Tiene que ser. Siempre que comparto con los olores ajenos, el viento no muy lejos está. Hay veces que pienso que el viento los carga. Y si el viento carga los olores sobre su espalda, entonces el viento es un Jaime y somos iguales. El viento trabaja. Y si carga los olores, tiene que ser él, el que carga la fragancia. Y si la carga, la tiene que conocer. ¿Quién pudiera hablar con el viento? Pero el viento no habla; no somos iguales. Me confundí. Quizás no trabaja, pero sueño que sí.

Me he sentido confundido desde que mi camino fue confundido. Y no hay una tiniebla que pase, como ésta, en que mi mente no se pierda en el recuerdo de ese día. No fue en la mañana, ni en el medio-día. No fue en la noche, pero en la tarde de mi medio-día. Eran las tres de la tarde, cuando mi día perdió su medida.

Relámpago

Eran las tres de la tarde, hora tan desdichada para los cubanos, la música, como para Lola. Sentado en una silla de leer, Gregorio, con un libro preso en su mano miraba la pared. La porción vacía de la pared, la que no contiene cuadros ni platos u otros muertos colgados, la que parece pantalla de cine, le proyectara lo leído.

En eso el teléfono cantó su montuno ondulado que puede ser deseado o temido, pero siempre pedante.

--Hola, ¿quién es?

--Gregorio, es tu padre. *-Yo sabía quién era. El timbre de esa voz metálica era inconfundible.*

--Ah, ¿Cómo estás, papá?

--Bien, ¿y tú?

--Aquí.

--Gregorio, ha muerto Ana Rosa. *-Me quedé callado por un instante. Tú sabes esas ocasiones en que no sabes qué decir, y lo que dices parece nada. Yo lo esperaba. Ella hacía más de un año que estaba muy delicada, pero no esperaba lo de hoy. Ni tan pronto tampoco, aunque hace días que estaba en coma. Odio esa palabra: Coma. Suena como cama, pero de esa cama casi nunca se despierta.*

--¡Ay Dios mío! Qué decir papá, ya lo esperábamos.

--Tristemente así es.

--Qué pena.

--El velorio es mañana a las siete en la funeraria de la Calle 37.

--Gracias por la información viejo. Ahí estaré. *-Papá siempre ha sido un hombre de pocas palabras, y las que emite son exactas y eficientes. Esa manera de hablar y su exterior robusto y cierto de sí mismo, da la impresión de ser un hombre militar sin sentimientos. Lo de militar está correcto, pero su corazón es como su origen, humilde.*

--Nos veremos. ¿Quieres que te recoja para ir al funeral?

--No es necesario viejo, yo iré en mi carro.

--Está bien. La misa y el entierro será el próximo día temprano.

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

--Comprendo, ahí estaré.

--Bueno, me le das un beso a María y los niños.

--Así lo haré. Hasta luego, viejo.

Gregorio colgó el teléfono. Debió hablar más, pero no se sentía con deseos. Notó el libro que todavía en sus manos estaba. La página que su dedo marcaba se había encogido, distorsionado con el sudor de su mano. Ya no tenía deseos de leer. Marcó el libro con un "paper clip" como es su costumbre. Y la porción de pared vacía de nuevo pintaba un cine, pero esta vez de recuerdos.

De memorias

La colonia es vida, la vida es la colonia. Y mis recuerdos los pinto sobre las paredes oscuras de estos atardeceres. No sé porqué los recuerdos son tan fuerte en mí.

Los otros Jaimes no recuerdan casi nada. Yo, en cambio, lo recuerdo todo.

Recuerdo las lluvias que inundaron la mitad de los Jaimes cuando era una pequeña hormiga y cómo los días de trabajo aumentaron sin hablar. La destrucción fue total, pero los otros solo recuerdan que algo de eso pasó en nuestra historia. Algunos piensan que es parte de la historia de nuestra creación. Las hormigas no entienden del tiempo. Pero yo sí. Y me recuerdo también de ese día, el día que perdí mi medida, como si fuera hoy.

Era un día de calor y de vapor. Había llovido en la mañana y la canción del sol era fuerte. Era hermoso y sofocante. El olor de la hierba era penetrante. ¡Qué belleza de día! Todos los olores gritaban y bailaban sobre el viento estático, que era plano como la tierra liza. El viento dejó de soplar desde que las lluvias dejaron de marchar. El trabajo era duro con la sal de nuestro caminar en el plato de nuestras bocas. ¡Qué día para trabajar, fue fantástico! No había posibilidad de confundirse. No tan solo podía oler la señal del Jaime al que sigo en la línea del trabajo – así es como nos comunicamos la dirección– sino, también podía captar el olor de casi toda la línea. No había cómo confundirse. Estábamos en ritmo; una rutina excepcional. La colonia es vida, la vida es colonia.

Nuestro caminar era seguro y sin medida. Cada paso fue el peso ondulante de nuestra carga. Nada nos interrumpía. Pero era inevitable, algo tenía que suceder ese día. Lo había sentido en la mañana. Hubo un rumor en el viento mojado,

que juro me habló. Los otros Jaimes no me lo querían creer. Eran las tres de la tarde, cuando mi caminar, nuestra labor, la colonia fue interrumpida. Y tuvo que pasar en ese día, de sol, de sal, de trabajo en su suma-fluidez. ¿Por qué? Yo cargaba y caminaba, como siempre cargo y camino. Como siempre cargamos y caminamos todos. Pero en un instante el viento me traicionó. Cambió su plano ser y se violentó en una rabia inesperada. Y solo por un instante. Mi olfato se confundió. Como la limpieza de las lluvias me borró mi instinto y delante de mis ojos derramó una yerba que no conocía. Su color no es verde. En vez de ser larga y erguida, de ser orgullosa y presumida, era humilde. Su color era como el del las manchas del techo de la yerba, lo llaman blanco. ¡Y su olor! Me embriagó, me emborrachó. En vez de ser alta y erguida, era más corta y ondulante. Era una yerba rara. Me perdí. Nos perdimos. No encontraba el olfato del Jaime que seguía y causé que todos los Jaimes a mi espaldas bailaran en remolinos. A muchos se les derramó su carga. Me gritaban y yo embriagado. ¡Qué olor!

Y más memorias

Era unos veinte años antes en la universidad de esa ciudad de sol, que un muchacho esbelto con mucho pelo y cara simple, pero con ojos asombrados caminaba bajo ese calor caribeño. Sentía a la vez miedo y excitación. ¡Estaba en la universidad! Su sueño. Todo parecía nuevo, extraño, complicado. Era un arroz con mangos de libros, formularios, lápices, plumas, muchachas bonitas, muchachos desconocidos, profesores, inseguridad, administradores, aula, tiza, miedo, horarios, sonrisas, sudor, más libros, más formularios, pagos, mucha incertidumbre, y algunos dolores de cabeza. Pero todo deseado. En esto, Gregorio se vió en una oficina en el seno oscuro de un edificio administrativo escondido en un laberinto de pasillos en ese color crema-ceniza detrás de una puerta con ventana ahumada que parece una ficha zero-nueve de dominó. Después de horas de espera en una silla metal-gris con colchón verde-desteñido, una silla con aspecto de los cuarenta, una silla que convierte a cualquier trasero en picadillo, se oye la voz casi humana de una de las sigilosas.

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

--Greguoreiou. -Estos americanos no saben pronunciar.

--Yes, mam.

--Please, come with me.

Ahí Gregorio se entera que su "work study" (trabajo para ayudar en los pagos de la matrícula de la universidad) era en el Departamento de Referencias de la biblioteca. Después de tantos otros formularios, todos en amarillo, rosado, o azul, Gregorio recibe uno de esos papeles bañados en color muerto y se reportó a la biblioteca. En el segundo piso, lo cual requiere subir una escalera preciosa que parece estar suspendida en el aire, conoce a Ana Rosa. La Dra. Ana Rosa, bibliotecaria y poetisa. Mujer de unos cincuenta años, con pelo marrón, café, o como los cubanos prefieren decir, carmelita. Palabra que aunque no es cubana le pertenece a Cuba. Ha sido santificada. La Dra. no es alta ni es bajita, no es gorda ni es flaca, no es fuerte ni es débil, no es ancha ni estrecha. Así era Ana Rosa, humilde y sin pretensiones. Vestía simple, pero elegante. Usaba espejuelos y su rostro era honesto. Era seria, pero como todo cubano le encantaban los chistes y le era fácil reír. Y siempre, siempre, siempre tenía una pluma en la mano. Era su única vanidad. Le gustaban las plumas. Y las plumas disfrutaban de su amistad y compañía. No importaba si la pluma le pertenecía a otro, si llegaba a las manos de Ana Rosa, parecía haber entrado en su verdadero hogar.

Ciclón

La colonia es vida, la vida es la colonia. Pero no estoy seguro. Los otros me creen loco, pero no puedo olvidar el olor de aquella yerba. Los Jaimes me dicen que no, pero yo vivo convencido que ese olor es fragancia. ¡Qué dulce, qué paz, qué tormenta!

Esa tarde fue un infierno. Tuvieron que enviar a los Napoleones a apaciguar la reyerta que formé. No fue mi intención interrumpir la labor de la colonia. Pero,

ese olor me dominaba. Los otros Jaimes lo olían, pero no les causaba temblores como me causo a mí. Reunieron una tropa de Jaimes para despachar a la yerba rara. Yo perdí la mente y gritaba que no se la llevaran. Mis súplicas fueron ignoradas. Tan errática fue mi actuación, que me trasladaron a la última posición de la línea de trabajo. Una democión. ¡Qué humillación! Pero, ¿qué importa? Y menos me importó ese día. Yo sólo pensaba en la yerba rara, que me han dicho que no es yerba. Pero tampoco me dicen lo que es. Yo juro que es fragancia. Desde ese día, mi mente no para de vagar en los atardeceres. Me hago muchas preguntas. Especialmente, ¿qué era esa yerba? Y ¿por qué llegó a mi vida para dejarme en esta soledad?

En la puerta

El viaje en auto hacia la funeraria fue oscuro, con las luces de los carros sin conciencia de lo ocurrido. Gregorio manejaba en silencio. No llovió esa noche, pero daba la impresión de un viaje a coche en el empapado de un viaje celeste. El encontrar parqueo fue una odisea como lo es en toda funeraria, no importa la ciudad del mundo en que te encuentres. Gregorio le dio varias vueltas al edificio en coche como si fuera una abeja en baile circular antes de posarse en una flor. Estacionó el carro en un sitio no adecuado y rezó para que no le pusieran una multa.

Yo estoy seguro que esto de los parqueos de las funerarias es para incomodarte y que empieces a rezar antes de que entres a la dichosa funeraria. Y ¿por qué será que las corbatas que se usan para estas ocasiones son más molestas de lo normal?

Gregorio se hacía muchas preguntas. Al entrar a la funeraria todo ese zapateo mental se fue de su mente. Los saludos, las caras, las lágrimas presas, la atmósfera lenta. Todas esas caras eran conocidas y a la vez forasteras. Un velorio cubano es único. Es una mezcla de dolor, tristeza, reunión, fraternidad, café fuerte, rosarios, rezos, más café, algunos chistes, muchos cuentos, y las memorias - mezcladas con café.

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

De todos los cuentos, y recuerdos que oyó Gregorio esa noche de Ana Rosa; de su humanidad, de su humildad, de su labor desinteresada, de su talento artístico su habilidad única para esculpir el talento de poetas jóvenes, Gregorio recordó una memoria que no compartió con otros. No pudo. Era una memoria que solo le pertenecía a Ana Rosa y a él. Ocurrió una tarde, quizás a las tres de la tarde, cuando Gregorio entró a la biblioteca a trabajar. Como era costumbre, se reportó a la oficina de Ana Rosa. Después de los saludos y una charla de los eventos de ese día, Gregorio notó sobre el escritorio de Ana Rosa una piedra la cual se usaba como un pisa-papel. Era una piedra liza en forma oblongada con el color distintivo del gris-suelo. Gregorio estaba seguro que esa piedra era nueva. El conocía muy bien el escritorio de Ana Rosa. Más, él a veces tenía que recoger pedazos de papel, servilletas, o forros de fosforos, todos con pequeños poemas de Ana Rosa los cuales ella mismo descartaba. El se hizo la labor de reunirlos y mecanografiar muchos de ellos ya que ella no era cuidadosa con sus creaciones. Ana Rosa era muy respetuosa con las obras de otros y tenía pasión con los libros, especialmente los de poesía, pero sus propias creaciones nunca las creía de mucho valor. No era una falsa humildad, Ana era así.

Pero la piedra, ¿qué hacía ahí? El le preguntó. Su explicación fue una que sólo lo emitiría Ana. "La piedra me encontró." Parece que, al regreso de su almuerzo ese día, caminando en rumbo a su oficina, Ana vio la piedra en el piso. La forma tan perfecta, suave y ondulante de la piedra le fascinó y la recogió. Le encontró un trabajo a la piedra en su escritorio como pisa-papel. Oír la descripción de la piedra te causaba envidia. Después de su descripción sobre la textura, el color, la fortaleza, la belleza de ese simple pedazo de suelo, le causaba a cualquier individuo presente e

deseo de poseer la dichosa piedra. La verdad es que era una piedra preciosa.

Gregorio no pudo compartir ese cuento.

De un reencuentro

La colonia es vida, la vida es la colonia. La labor continúa. Con el tiempo he recuperado mi posición en la línea de trabajo. La memoria de los Jaimes es corta y eso es bueno. He podido encontrar de nuevo valor y sentido en la tregua diaria. Los olores me son conocidos. Reconozco el sol, y la yerba, con su sentido de mañana humedad. Reconozco el olor fuerte del trabajo y casi ya no me confundo. Vivo entre el marrón, el verde, la tierra, la carga, el sudor, y mi caminar. Pero no deja de pasar un día en que entre mis labores capto de reojo las manchas blancas que vaga a través del techo de las yerbas altas. Ese baile sobre el plano azul-claro me intriga. ¿Será que la yerba rara se desplomó del techo? ¿Quién pudiera saber?

Tampoco olvido la fragancia. Ya no es tan fuerte en mí, pero la recuerdo. Trato de no pensar en ella cuando estoy en mis labores, porque si lo hago, tiendo a confundirme. Pero la extaño. Y sólo fue un instante en mi vida. Me permito el lujo de captar su esencia en los atardeceres cuando el día está al dormir. Hubo un tiempo en el cual me amargó todo el suceso de ese día. La locura, mi pérdida de olfato (una mancha terrible para una hormiga), el sentido vago que dominaba mis pensamientos. El tiempo es cruel como las aguas. Tiene el poder de limpiar los contornos de todo lo que toca, y eso es bueno.

En tierra

Las iglesias por la mañana son un placer simple. Fue una mañana simple y suave. Una mañana de trópico. La humedad era una capa estática y el sol bailaba sobre sus espaldas. A Gregorio le gustan las iglesias y siempre pudo encontrar entre sus paredes un descanso que apenas se puede captar. La misa fue simple. Las palabras fueron simples. Los recuerdos simples. Los olores anonadados.

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

Hubo una procesión de carros en fila casi infinita. Se seguían como por instinto, sin pensar, sin cuestionar, sin olfato. La procesión andaba por caminos (quizás calles) a la vez conocidas y desconocidas. Parecía que el camino los caminaba, los alaba, los entumecía. Gregorio manejaba el auto en silencio. Su padre que iba a su lado hablando de la misa y de unos proyectos que tenía en mente, cuando se perdieron en su rumbo hacia el entierro.

-- ¿Gregorio, a donde vas?

-- No estoy seguro Papa. He perdido el sentido.

En eso llegaron a una esquina en que se veía el fin de la procesión. Y Jaime

camina lentamente hacia la tregua diaria, que ese día le conducía en el camino de un pozo profundo. Ya no pensaba en ese día, ni en la yerba rara, ni la fragancia. Su olfato lo recobró. Su instinto se perdió. Perdió la memoria. Cargaba su labor sobre sus espaldas y con su carga la colonia. Pero de vez en cuando, sin saber exactamente por qué, sus pazos se confundían al captar el lento flotar de las manchas en el techo de las yerbas. La memoria se destiñe, pero su fragancia perdura.